

Julián Soro l

## PANORAMA UNIVERSAL

### IMPERIALISMO Y COLONIZACIÓN

**P**ORTALES en 1822 tuvo la visión del imperialismo yanqui. A propósito de las actividades del Presidente Monroe, escribió desde Lima a su socio, José M. Cea, una carta que ya es célebre en nuestra política internacional.

¿Por qué ese afán—decía—de Estados Unidos en acreditar Ministros y Delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento.

Más o menos un siglo más tarde, nada se ha desviado de la visión del Ministro Portales. Los países del continente Sur, en su mayoría, viven la ilusión de la li-

bertad. Desangrados y empobrecidos por las luchas políticas, dominados unos por caudillejos sensuales y rapaces, orgullosos de abolengos ilusorios, supersticiosos y fanáticos, roídos por lacras físicas y morales, tantean el camino, tropezando en extrañas servidumbres. Se cumple en cierto modo la observación del presidente Roosevelt.

Los países de la América del Sur—decía—nos dan el espectáculo no de una nación federal hispano-americana sino de una multitud de pequeños estados belicosos y revolucionarios, ninguno de los cuales se cuenta entre las potencias.

Roosevelt encontraba en el patriotismo provincial la causa de la anarquía en los países sud-americanos.

La América hispana es ingobernable—exclamaba Bolívar—. Los que han servido a la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar.

Y a un siglo de distancia responde Romain Rolland:

He sufrido a menudo de ver en América la humillación de esas espléndidas razas latinas. En el conjunto pan-humano tienen una misión hermosa que cumplir y hasta nuestros días no la han realizado por molición y por violencia, por sensualismo disolvente, por orgullo personalista, por provincialismo nacional, por individualismo desenfrenado y sobre todo por rabia de destruir y de destruirse.

El cuadro político en que se han movido los países de América, es bien triste. La violencia de un imperialismo agresor no prospera frente a países fuertemente organizados, con capacidad económica y sobre todo pureza moral en sus ciudadanos y gobernantes. Los países desquiciados y quebrantados por el morbo revolucionario son aptos para la conquista. Ofrecen el mínimum de resistencia, toda vez que no hay en ellos

fuerzas morales capaces de erguir una nacionalidad más o menos consciente.

Oigamos cómo se expresa el escritor cubano Francisco Ichaso, uno de los más viriles e interesantes de esa generación joven que defiende su dignidad en medio de la vorágine de las claudicaciones:

¿Qué hemos hecho nosotros de efectivo contra el instinto expansivo norteamericano? ¿Hemos adoptado frente a él una conducta austera, digna? ¿No hemos, acaso contribuido, consciente e inconscientemente, a exacerbar ese instinto? ¿No estamos haciéndole el juego al capitalismo norte-americano, transigiendo con sus más indecorosas exigencias a trueque simplemente de apuntalar el nuestro, que arrastra una vida infeliz? ¿Dónde está la tentativa fuerte para consolidar lo que de original hay en nosotros mismos, lo único acaso que podríamos esgrimir con éxito ante todo peligro de ingerencia, sea espiritual, económica o política?

En seguida Waldo Frank coloca el dedo en la llaga:

Al Sur de mi América, en México, en Nicaragua, en Cuba y en Panamá, los falsos valores del norte crecen y crecen porque los mejores valores propios de esos países han perdido su salud. Si no fuera porque en los países de la América Central han sido hombres de posición los que acogieron bien y fomentaron esos valores falsos—que tan fácil es llamar americanos—ellos no se habrían infiltrado nunca.

Y añade luego, contra los arielistas:

Hágase que Hispano-América mire al Calibán que tiene dentro; al Calibán que coopera alegremente con el Calibán de Norte-América, con el Calibán de Gran Bretaña.

Las palabras de Frank afectan, pues, a toda la América. Representan el principio de la penetración silenciosa en unos o ruidosa en otros. Las industrias norteamericanas dominan los mercados del mundo. Junto con las industrias penetran los capitales. La servidum-

bre comienza por los empréstitos, por la falta de iniciativa para explotar las propias riquezas, por la entrega de las fuentes de producción que la indolencia criolla deja abandonadas. En estos países de escasa población, con un gran porcentaje de mestizos, el yanqui se siente administrador. En general el anglo-sajón desprecia a los hombres de color, al mestizo. Los encuentra indolentes y sensuales, belicosos y revolucionarios. Se divierte con los caudillos que sólo tratan de robustecer su panza a costa de la servidumbre de los demás. Las revoluciones constituyen para él el espectáculo pintoresco de razas que se aniquilan por palabras o por odios de grupos. Saben descubrir la parte vulnerable de la vanidad y hacia ella enderezan su energía.

Es un error creer que al anglo-sajón no le interesa el arte de estas tierras. Le interesa y mucho. Le interesa como documento para comprender mejor el camino que debe seguir en su penetración. La literatura hispano-americana es melancólica y pesimista, cuando no declamatoria. Casi todos los héroes de sus libros son fracasados. Novelas en que se hace la apología del descontento, de la miseria ambiente. No es literatura de pueblos optimistas, capaces de erguirse contra la fatalidad que los acobarda y los arrincona. Ellos en cambio estimulan y entonan con sus héroes batalladores y vencedores. Tratan de fijar con sus personajes el símbolo de la voluntad dominadora. Crean tipos de energía y de alegría interior.

El gran problema de estas tierras es el de su población. Colonizar las extensiones con elementos europeos. Atraer a las razas blancas dándoles la oportunidad para que se vacien en estas tierras desérticas y abandonadas. Aquí, como en otras partes, existe un núcleo de mentalidades que resiste la entrada de elementos colonizadores. Pero los países vecinos proceden de otra manera y su situación económica es distinta a la nuestra como es distinta su posición frente al imperialismo. Desde

luego abren sus tierras al esfuerzo colectivo de los europeos, a las razas cuya cultura y cuya tradición rinden beneficios ingentes para el desarrollo nacional.

En nuestro país, la colonización del Sur es una buena prueba de ello. Es verdad que no todo fué fácil entonces. Basta recorrer las páginas de Pérez Rosales, en los capítulos destinados a narrar los episodios de esas jornadas difíciles, para comprender lo que costó llevar a feliz término la empresa de nuestro errante compatriota.

Argentina ha dado un ejemplo vivo y ha procedido conforme a los postulados de Alberdi. Igual cosa el Brasil. En general la América no desdeña al colonizador europeo. Necesita de su energía y de su tenacidad. En tiempos de Pérez Rosales se hicieron los mismos reparos que quizá se hacen hoy: la diversidad de costumbres, el orgullo de mantener la raza sin mezclas, las religiones distintas, la competencia al trabajador criollo. Sin embargo, las características del territorio no se alteraron por eso, con los colonizadores del Sur, como no se alteraron en California, que hoy ostenta toda la fuerza del nacionalismo yanqui. Por el contrario, en el Sur, las grandes zonas baldías se convirtieron en campos productores; aldeas o ciudades apenas diseñadas, en ciudades florecientes y ricas. Luego el ejemplo de esos hombres laboriosos y tenaces que creaban industrias desconocidas y fructíferas con elementos de la tierra, produjo una saludable emulación en los propietarios criollos. Una tierra nueva y fértil surgió del fango de humus vegetal que vió Pérez Rosales y de las extensiones que parecían marismas....

Mientras subsistan, como hasta hoy, estas razas hispano-americanas, estarán condenadas a ser dominadas tarde o temprano. La defensa contra la amenaza del Norte estriba en presentar pueblos fuertes, unidos, aptos para explotar sus propias riquezas, que son inmensas; conscientes de su destino libre, con un sentido su-

perior de moralidad gubernativa, no entregados a la servidumbre económica de los países imperialistas que explotan las discordias y la vanidad de los caudillejos sensuales y rapaces, en beneficio de su progresiva penetración. Estos países en los que tribus y grupos de criollos aristocráticos sin abolengos y arribistas o nuevos ricos se pelean por prebendas y canongías, por situaciones sociales efímeras e inestables, por tal o cual puesto en el Olimpo o en el gobierno, constituyen un manjar único para los pueblos que tienen una espina dorsal fuertemente vertebrada.